

La oración en el hogar

HUGO ESTRADA

San Juan Crisóstomo afirmaba que todo hogar debe ser una pequeña iglesia. La iglesia doméstica. El hogar es santuario en donde los padres de familia, como sacerdotes, deben compenetrarse de esa iglesia en pequeño, que Dios les ha encomendado.

El doctor Sorokim, de la universidad de Harvard, presenta una estadística muy elocuente: entre las familias que rezan unidas, hay muy pocos divorcios. Entre las que no rezan en familia, abunda los divorcios. Razón tenía el Papa Pío XII, cuando afirmó: «Familia que reza unida permanecerá unida».

Muy bien dice la Santa Biblia: «Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles» (Sal 127). Muchos se cansan afanosamente pretendiendo que en sus hogares haya paz, serenidad; si no gozan de la bendición de Dios, eso es imposible. Jesús también advirtió que una casa se puede fundar sobre «roca o sobre arena» (Mt 7, 24-27). El «necio» construye sobre arena, dice Jesús. Tal vez la fachada de su casa es muy bella -bonanza material-, pero si está fundada sobre arena -sin la bendición del Señor-, al primer temblor se derrumba. Jesús dice que el «prudente» edifica sobre la roca de su Palabra. Habrá recias tempestades, pero esa casa permanecerá desafiando las inclemencias del tiempo porque está fundada sobre la bendición de Dios -la roca-. (Mt 7, 24-27).

Cuando se ve a dos esposos, que pelean continuamente y que viven en actitud litigante, habría que preguntarles si rezan juntos. De ante-



ESCAM

mano se sabe la respuesta: no. Si rezaran juntos, encontrarían el «poder que viene de lo alto» para solucionar los problemas familiares. Alguien escribió que es imposible divorciarse de la mujer con la que reza todos los días. Y así es. Dios no permitirá que se derrumbe el hogar de los que diariamente invocan su protección.

En el Evangelio de San Mateo hay una promesa de Jesús, que de manera especial, puede realizarse en la familia. Dice Jesús: «Si dos de ustedes se ponen de acuerdo aquí en la tierra para pedir algo en oración, mi Padre, que está en el cielo, se lo dará. Porque donde dos o tres se ponen de acuerdo en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 19-2). La familia es el lugar privilegiado para poderse «poner de acuerdo», para reunirse en nombre del Señor.

El escritor Tim La Haye cuenta un caso interesantísimo. Su familia había aumentado; anhelaban un automóvil Plymouth, de segunda mano, de tres filas, porque el presupuesto familiar no alcanzaba para un carro nuevo. Toda la familia se

puso en oración pidiéndole a Dios, específicamente, ese vehículo determinado. Un día sonó el teléfono. Alguien se marchaba al extranjero y quería vender su automóvil, que tenía todas las especificaciones que ellos le habían pedido al Señor. A los niños de ese matrimonio no hubo necesidad de hablarles mucho acerca del poder de la oración en familia. Lo habían vivido.

El libro de los Hechos consigna el caso de una familia de paganos; el papá se llamaba Cornelio, un militar romano. Con la mejor voluntad oraban en familia. Dios les envió nada menos que a Pedro. Cuando Pedro comenzó a predicarles, hubo un Pentecostés en esa familia (Hch 10).

El poder de la oración en la familia es algo que todavía no hemos explotado como se debería. La familia es el lugar más apropiado para orar por los miembros de la misma familia que están descarriados, enfermos, en apuros económicos, o en cualquier dificultad.